

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Los 43 de Iguala

México: verdad y reto
de los estudiantes desaparecidos



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

- Portada
- Dedicatoria
- 1. Confesión
- 2. La masacre
- 3. Territorio en rojo
- 4. El ciclo violento
- 5. Agravios sin fin
- 6. Datos que son personas
- 7. El país real y el país de ficción
- 8. El juego detrás del juego
- 9. En el límite
- In memoriam de Los 43
- Anexo: La versión oficial
- Epílogo personal
- Créditos
- Notas

*Para Carlos, mi guía en Guerrero,
Magdalena, Clara, Victoria y Javier*

1. CONFESIÓN

He querido evitarlo, pero me resulta imposible. He tenido que vencer la parsimonia que ha triunfado en el lenguaje de la política, de la vida pública, incluso de la literatura y el periodismo. Las *bellas formas* que a menudo pretenden ocultar la realidad.

Debo hablar de lo que nadie quiere ya hablar. Contra el silencio, contra la hipocresía, contra las mentiras, habré de decirlo. Y lo hago porque sé que otros como yo, en cualquier parte del mundo, comparten esta certeza: el influjo de lo perverso ha devorado la civilización, el orden institucional, el bien común.

Podrá decirse que de ningún modo, que ahora todo es mejor para la humanidad que en el pasado, que la democracia impone la escala de lo perfectible para cada quien, que las expectativas para la gente son patentes, que la libertad alcanza por primera vez su clímax histórico: ciencia, razonamiento lógico, economía de libre mercado, individualización, contrato social que vincula responsabilidades de gobernantes y gobernados y multilateralismo en el trato planetario.

Y, sin embargo, la terquedad de los hechos emerge para contradecir tal discurso engañoso. Y el color gris tiende a imponerse en el mundo que admitía la riqueza del espectro cromático. Es el gris unánime de las cenizas de los muertos en indignidad, de las cloacas e inmundicias burbujeantes, de la ciénaga turbia, de la «ecuanimidad» política y el utilitarismo en nombre de las causas ideológicas.

Todas las noches, antes de dormirme, asciende hasta mis oídos un rumor grave que tiende a incrementarse hasta la desesperación. En ese instante, cuando advierto que el sonido proviene de algún punto sutil, remoto, interno, subyacente a lo cotidiano, y parece traer consigo el aliento ominoso de una catástrofe inminente, en ese linde que vincula mi angustia con un mareo súbito, el aviso de un trastorno telúrico y cruel, vasto y expansivo, en ese instante preciso, irrumpe un silencio que acalla toda amenaza, la lucidez en suspenso que tiende a esclarecer temores, perplejidades, vislumbres.

La primera vez que advertí aquel rumor fue años atrás. Y pasó mucho tiempo antes de que volviera a percibirlo. O quizás, inmerso en la promesa, o la ingenuidad, o la confianza, me acostumbré a desoírlo. La inadvertencia ayuda a vivir, sí, pero al final resulta una usu-

ra que no se puede pagar. Ya no estoy dispuesto a dejar que ésta crezca.

Tengo frente a mí, sobre mi mesa de trabajo, fotografías, documentos, informes, transcripciones judiciales, testimonios, grabaciones, videos acerca de la crueldad extrema que aconteció una noche de verano en una ciudad al sur de México, la cual, por un entrecruzamiento avieso de sucesos, predestinaciones, azares, intenciones, se convierte en un ejemplo exacto de la vigencia de lo perverso bajo la apariencia de lo normal: allí donde confluyen el poder y el contrapoder del orden global.

En otras palabras, el retrato fiel del mundo que viene (o ya está en muchas partes) y nos negamos a ver: la normalidad de lo atroz en medio de la política formal, el imperio de la propaganda, el espectáculo, la banalidad de las telecomunicaciones y el tono neutro del discurso público. Hemos pasado del costo de las sociedades totalitarias y su barbarie inherente al riesgo de las sociedades globalizadas y la inmanencia de su barbarie.

La voluntad envilecida tiende a unir la negatividad dispersa y vuelve a plantear el exterminio de las personas al amparo del formalismo institucional. El rumor aquel era una exhalación de la Grieta que aniquila lo humano y que comenzó a emerger sin que casi nadie la tomara en serio. El viento negro: un efecto inmenso y contagioso, letal y persistente; para entenderlo, o intuirlo, o sugerirlo, sólo tenemos ideas, palabras, versos, música específica, como la de Tom Waits cuando canta: «*You gotta keep the devil way down in the hole. / He's got the fire and the fury at his command...*» («Debes mantener al diablo abajo en su agujero. / Tiene el fuego y la furia a sus órdenes...») El mal está inscrito en lo que aceptamos como mundo normal: los tiempos sombríos. El mal concreto de los abusos y las injusticias.

La escritura posee, entre otros cometidos, el de sondear la persistencia de lo perverso, que quiere ser invisible. El ideal del hombre libre ha culminado en la libertad de aniquilar a las personas entre los resquicios de las reglas universales.

Y esa atrocidad sucede como si nada aconteciera. En nombre de ideologías e instituciones, se tritura el estatuto humano. El mal se ha instalado entre nosotros inscrito entre los pliegues de la fe en el dinero, la guerra y la técnica. Hay que evitar, con el mayor ímpetu, contra toda ficción, contra toda vileza de cínicos o zafios, volverse parte de él. Me niego a callar, rehúso incurrir en la amnesia y el desdén. Gritar es poder, al igual que sobrevivir significa hacerse presente.

Esta historia sucede ahora en otras partes del mundo de modo semejante y nos resistimos a verlo. Si alguien lo niega o lo duda, le reto a que lea completo este libro.

La reflexión activa se impone en la era del ultracapitalismo de las máquinas y su espiral proliferante.

Mi vehemencia desea clarificar, se basa en los hechos y sostiene diez tesis prudentes:

1. Nada de lo escrito en estas páginas es ficción.
2. Creo en la defensa de los derechos humanos y defendiendo el principio pro-persona en mi tarea de investigación y escritura sobre los 43.
3. Me interesa ofrecer el contexto histórico necesario para complementar lo registrado más allá de la trampa de reducir todo a una pugna entre buenos y malos.
4. Consigno mi propia perspectiva crítica, mis experiencias o mi forma de trabajo cuando resultan pertinentes.
5. Afirmando que el Estado y los gobiernos mexicanos tienen responsabilidad política y judicial en la masacre de Iguala, y lo argumento.
6. Lo mismo sostengo en el caso de Estados Unidos de Norteamérica (Estados Unidos) y aporto mis razones.
7. Rechazo por inconsistente e incompleta la investigación oficial al respecto.
8. Descreo de quienes detectan en los fenómenos violentos de México una especie de fatalidad o atavismo.
9. Esta obra documenta las razones históricas, sociopolíticas, materiales de la violencia en el país, como mis libros anteriores.
10. Describo por qué y cómo los 43 y otros estudiantes fueron expuestos a riesgos extremos por parte de sus dirigentes, a los que señalo.

Debemos recobrar la lucidez ante la actualidad del horror consentido, y ejercer la libertad de transformar lo aciago.

2. LA MASACRE

La noche del 26 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero, al sur de México, un grupo de estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa que viajaban en dos autobuses «expropiaron», como acostumbraban, otros tres de servicio público de la estación central de Iguala.¹

Su plan era regresar a dicho plantel y prepararse para ir en esos vehículos a la manifestación de protesta del 2 de octubre en la Ciudad de México, que se realiza cada año en memoria de los caídos en la Plaza de Tlatelolco durante las movilizaciones del movimiento estudiantil de 1968.

A las 21.30 horas, un grupo de policías alcanzó los vehículos y se enfrentó a los estudiantes, disparando sus armas de fuego, lo que causó la muerte de tres jóvenes. Calles adelante, la policía volvió a coparlos y disparar. Algunos de los estudiantes lograron huir y se refugiaron en casas del vecindario, otros buscaron resguardarse entre los autobuses.

Hacia las 23.00 horas, y en otra parte a la salida de Iguala, un grupo armado disparó contra otro autobús, en el que viajaban los integrantes del equipo de futbol Avispones de Chilpancingo, y contra otro auto, lo que produjo el fallecimiento de tres personas más. Se registraron también 25 heridos.

Después de ambos hechos, afirma la pesquisa oficial, 43 normalistas fueron secuestrados, golpeados y asesinados por miembros del grupo criminal Guerreros Unidos en complicidad con policías municipales. Sus cuerpos fueron quemados esa misma noche con el fin de borrar la evidencia criminal.

Semanas más tarde, las autoridades mexicanas hallarían cenizas y algunos huesos en el basurero de una localidad cercana, Cocula, que en náhuatl significa «lugar de las riñas» o «de las ondulaciones».

A principios de diciembre de 2014, un estudio genético de cenizas de la Universidad de Innsbruck en Austria identificó a uno de los 43: Alexander Mora, de 19 años.

Entre los 43, destaca el caso de Julio César Mondragón Fontes, de 22 años, quien, aterrado ante el acoso policial y los disparos de armas de alto poder contra él y sus compañeros, echó a correr sólo para caer en manos de los policías. Otra versión afirma lo contrario: que permaneció valiente mientras les disparaban. Su cuerpo apare-

ció horas después en una zona industrial de Iguala: fue torturado, se le desprendieron los globos oculares, le desollaron el rostro y murió por fractura de cráneo.

El gobierno del estado de Guerrero y el municipio donde aconteció la agresión contra los normalistas están en manos del Partido de la Revolución Democrática (PRD). El gobierno federal está a cargo de miembros del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Las autoridades federales, que conocieron los hechos de esa noche desde el inicio, se negaron a intervenir con el pretexto de que lo sucedido era un asunto concerniente a la autonomía local-estatal, aunque sabían de su vinculación con delitos federales, por ejemplo, delincuencia organizada por parte de los victimarios.

Hay testimonios de estudiantes y otras personas ante la fiscalía de Guerrero que afirman que los policías federales y los militares del 27.º Batallón de Infantería participaron activamente en los hechos, lo cual niega la investigación oficial, que afirma que los policías federales, al igual que el ejército mexicano, sólo fueron testigos de los sucesos de esa noche. Recurso vano.

En general, los delitos se cometen por obra o por omisión. En el caso de Iguala, tanto los militares como los policías y funcionarios de seguridad del gobierno federal que estuvieron presentes o dieron órdenes en Iguala aquella noche fueron omisos y, por lo tanto, tienen responsabilidad en los delitos de asesinato, tortura y desaparición forzada de personas que se cometieron entonces.

El 4 de noviembre de 2014, el gobierno federal anunció la captura del presidente municipal de Iguala, José Luis Abarca, y de su esposa, María de los Ángeles Pineda, por su presunta participación en los hechos, e informó sobre el encarcelamiento de policías municipales y delincuentes.

De acuerdo con el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (1998), lo acontecido aquella noche de verano en el sur de México constituye un crimen de lesa humanidad que implica al Estado mexicano, al gobierno federal, al del estado de Guerrero y al del municipio donde acontecieron dichos actos de barbarie.²

Aquella masacre se consagró para el planeta, paradoja de los tiempos, durante un acto de la industria del entretenimiento: en su actuación en la ceremonia de los premios Grammy Latinos en noviembre de 2014, René Pérez, del dueto Calle 13, de Puerto Rico, portó una playera negra con la leyenda «Ayotzinapa. Faltan 43». Aquella imagen dio la vuelta al mundo, el cantante añadió: «Voy a invitarlos y voy a hablar de la lucha que se lleva a cabo en México. Ayotzinapa somos todos. No podemos permitir que eso siga suce-

diendo en estos tiempos. ¡Que viva México!» México: el país de la
impunidad.³

Escribió Octavio Paz:

¿Por qué?

*La vergüenza es ira
vuelta contra uno mismo:*

*si
una nación entera se avergüenza
es león que se agazapa
para saltar.*⁴

3. TERRITORIO EN ROJO

Ayotzinapa, que en náhuatl quiere decir «río de calabacitas» o de «tortuguitas», es una localidad de clima semitropical y entorno montañoso que se encuentra cerca de 400 kilómetros al sur de la capital mexicana y en la periferia de Tixtla. Su centro es la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos, a 125 kilómetros de distancia de Iguala, que fue fundada en 1926 como parte de la cruzada educativa de alcance nacional en la época posrevolucionaria.⁵ En la actualidad hay 245 Escuelas Normales públicas en los 32 estados del país, 17 de las cuales son Escuelas Normales rurales. El legado de un tiempo que confiaba en la educación como salvaguarda del bienestar.

En 1931, comenzó a construirse la sede actual de la escuela y, a partir de la década de los treinta del siglo xx, la Normal de Ayotzinapa solidificó su ideología nacionalista con ingredientes del marxismo revolucionario, que a la fecha pervive entre sus profesores y alumnos, y está presente en los muros del plantel: efigies multicolores de Ernesto Che Guevara («Volveré y seré millones»); el Subcomandante Marcos («Somos la dignidad rebelde»); Lucio Cabañas («Protestar es un derecho»). O bien avisos: «Ayotzinapa, cuna de la conciencia social», «Si el gobierno sigue reprimiendo y cerrando las escuelas normales rurales, el Pueblo tendrá la última palabra (Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, FECSM)». La tenacidad rebelde.

Ahora contemplo a esos estudiantes mientras marchan por las calles de la gran ciudad para protestar por sus muertos, y son la presencia de la desposesión y la furia que, por sí solas, quisieran recobrar la unidad de sentido y vida que la sociedad les ha negado. La mirada firme, el malestar que concentra la negrura brillante de sus ojos, un filo mineral. Sus consignas son tristes y exultantes: estremecen, mueven a una incredulidad que termina herida. La experiencia y la expectativa de que disponen ofrecen un contraste ardiente.

En la escuela de Ayotzinapa, los alumnos viven en régimen de internado e inmersos en ese tipo de consignas revolucionarias bajo los perfiles de Marx, Engels, Lenin, Mao Tse Tung, cuyas respectivas doctrinas aprenden a través de sus obras e ideas. Disciplina y castigo a quienes muestran blandura. Los de nuevo ingreso, «los pelones», lo saben mejor que nadie. El edificio frontal de dos plantas y

arcos coloniales antecede a un área más moderna en la que se encuentran las aulas y los dormitorios.

Allí se apretujan para dormir en literas o colchones sobre el suelo decenas de estudiantes provenientes de Guerrero o de otras partes del país. La escuela tiene 3,6 hectáreas cultivables, más 1,2 hectáreas de construcción de las instalaciones, de las que sólo el 35 % está dedicado a la enseñanza, el resto son viviendas de alumnos y maestros que colindan con otras tierras de cultivo. La escasez une a los estudiantes y el campo.

Los barandales sirven de tendederos para la ropa recién lavada y los pasillos reavivan el trato cotidiano del alumnado, que padece las carencias de una escuela que no cuenta con el favor de las autoridades educativas de México. Su pugna con el gobierno ha sido un problema constante a lo largo de las décadas. Los gobiernos estatal y federal suelen ver en esa escuela un foco subversivo vinculado a la guerrilla revolucionaria: el peligro rojo.

En Ayotzinapa las frases son reiteradas, la voz dulce y bronca al mismo tiempo, y los estudiantes se expresan en tono de proclama, convicción, denuncia y autoafirmación áspera: «Queremos un México justo», «Estamos decepcionados con el gobierno», «Tenemos bastante rabia», «Extrañamos mucho a nuestros compañeros, los queremos de nuevo aquí», «Los funcionarios no se preocupan por nosotros», «El Estado debe asumir su responsabilidad», «Nos han mentido, nos han engañado», «Exigimos justicia, no olvido», «Hay que gritar fuerte», «No confiamos», «Basta de promesas», «El Estado pavimenta la vía violenta», «El descontento se generaliza», «Fue el Estado»...

Y, sobre todo: «¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!»

Guerrero es el segundo territorio de la República mexicana con mayor pobreza, con cerca del 71 % de su población por debajo de la línea de bienestar que reconoce el propio gobierno mexicano.⁶ Guerrero está dividido en 81 municipios y 7 regiones: Acapulco, Centro, Norte, Tierra Caliente, Costa Chica, Costa Grande y la región de la Montaña. Su geomorfología es accidentada, ya que lo atraviesa la Sierra Madre del Sur y la Sierra del Norte. Sus principales actividades económicas son la agricultura (de maíz, sorgo, arroz, limón, café, sandía); el turismo costero en Acapulco, Ixtapa, Zihuatanejo o, tierra adentro, en Taxco, y la minería (oro, plata, cobre, hierro...)⁷

Su nombre proviene de Vicente Guerrero, un héroe de la Guerra de Independencia de México (1810-1821) que nació en Tixtla.⁸ En 1821, Vicente Guerrero firma un pacto con el ejército realista espa-

ñol, encabezado por Agustín de Iturbide, que ratifica la independencia de México, reconoce la monarquía de Fernando VII, establece la religión católica como única en el país y llama a la unión de todas las clases sociales.

Durante 1829, Vicente Guerrero fue presidente de México, apoyado por el Partido Liberal. Entre sus propuestas estuvo el impulso de la tolerancia religiosa, la educación y la protección de las artes, la industria, las ciencias y el comercio. Y expidió el decreto que abolió la esclavitud en el país. Esta medida le valió la animadversión de los esclavistas de Estados Unidos.

En 1831, Vicente Guerrero fue traicionado por sus opositores políticos de corte conservador y fusilado en Oaxaca. La huella de la sangre y la rebeldía han permanecido en Guerrero desde la época precortesiana, cuando la tribu yopes resistió a los aztecas y nunca fue sometida. Durante la conquista y la colonización los españoles exterminaron a los yopes, y el impulso insurrecto arraigó en el seno de comunidades mestizas, sujetas al dominio de caciques y a la mentalidad premoderna o la política autoritaria, donde las desavenencias suelen dirimirse por la fuerza.⁹ La ley del machete o el arma de fuego.

Presagios: cuando supe de la masacre de Iguala, recién ultimaba un diagnóstico sobre los jóvenes y las amenazas del crimen en México y en América Latina, que me solicitó un organismo académico. Mi conclusión es tajante: observo en ese escrito que las instituciones del gobierno tienden a imponer políticas que se centran en lo represivo y, al mismo tiempo, dejan de lado en la práctica lo preventivo, aunque afirmen que procuran atenderlo, así como eluden la reflexión disciplinaria desde el derecho penal y el conocimiento del crimen.

Me desconcierta que las acciones expeditas, autoritarias y proclives al incumplimiento de la ley marquen la presencia pública del gobierno. Desde este punto de vista autoritario, deben «resolverse» los problemas con prontitud inédita, que es lo que muchos aplauden, aunque, como en el caso de Ayotzinapa, las averiguaciones previas sean endebles desde un punto de vista jurídico de carácter crítico. Ni siquiera se concede a las víctimas el mínimo de justicia que el derecho otorga a la existencia en sociedad.

He insistido en que para el gobierno la gestión o control de daños (realizados mediante operaciones comunicativas en la prensa, la

radio, las televisoras o las redes sociales) es más importante que la procuración de la justicia, la defensa de la ley y el respeto institucional.

Como otras veces, en este diagnóstico mis argumentos incluyen datos y, de los datos disponibles, prefiero aquellos negativos que muestran los mayores contrastes. Estoy de acuerdo con quien piensa que las cifras desalentadoras son las que fomentan los avances en las sociedades, porque obligan a detectar y, quizás, solucionar anomalías y fracasos.

Cargo con la mala fama de anunciar males que, para desgracia de todos, suelen cumplirse, como aquel de casi veinte años atrás, cuando preví la degradación que ahogaría a todo el país.¹⁰ Mientras se vivía bajo el júbilo reformista, pocos querían examinar a fondo la realidad o el funcionamiento institucional.

Alertar sobre amenazas o peligros se consideraba, y se considera aún en todas partes, un oficio de aguafiestas, de resentidos, de amargados, de activistas, de radicales. La gente está acostumbrada a entender la vida como un juego de intereses o un entretenimiento. Ni yo ni otros que sosteníamos el punto de vista opuesto, el de atender los reclamos de las víctimas, nos equivocamos. La autocomplacencia de concentrarse en lo *positivo* sólo auxilia al orden constituido que quiere reproducirse sin casi aceptar cambios.

En la capital mexicana, la edad promedio ahora se estima entre 29 y 30 años. Cuando yo tenía esa edad, ya los Sex Pistols habían gritado «*No future!*», una consigna generacional que enterraba los sueños juveniles de las sociedades industriales en la víspera de generalizarse el mundo posindustrial de la globalización financiera, la maquinaria bélica, la economía rapaz de los mercados abiertos y las *autorregulaciones*.

Ese conjunto de políticas ha condenado a los jóvenes en México, en todo el continente americano, Europa, Asia y África, a una suerte de *juenicidio*. Algo peor que la escasez de futuro. Cuando comencé a escribir y publicar artículos y otras piezas de escritura, al mismo tiempo que tocaba con el grupo de rock Enigma!, fundado por mi hermano Pablo, uno de mis primeros textos fue una crónica dedicada a entrevistar a una banda de marginados que se autodenominaba Los Mierdas Punk, que hizo suya una canción nuestra en la que se veían reflejados, «Cucaracha», cuya letra quise que ironizara sobre el trato despectivo que la sociedad reservaba a los marginados de los suburbios en aquella época.

Los Mierdas Punk: publicar aquel nombre en el seno de una sociedad conservadora, consignar los testimonios furiosos y desolado-

res de aquellos jóvenes que se perderían en el tiempo más cruel, constituyó una mínima contribución y un desafío para mí mismo, al que he tratado de ser leal.

Entre el país de aquella crónica y el actual surge un horizonte inquietante: cuando la escribí había menos de 70 millones de habitantes en el país. Ahora hay 121 millones y en una década habrá 130 millones. Si en la República mexicana habitan a la fecha más de 16 millones de jóvenes, la mitad de todos ellos viven en la pobreza. Y el problema crecerá: la mitad de los mexicanos es menor de 26 años y hay menos muchachos que muchachas, las cuales padecen discriminación y agresiones incesantes; la mayoría de ellas sufre algún tipo de violencia, desigualdad, discriminación o maltrato. Estos índices rebasan el promedio mundial.

Para alguien como yo, que creció bajo la bandera de una generación en pos de un mundo mejor, luce inaceptable el presente. Los jóvenes, excepto una minoría, son extraños en su tierra, ya que están expuestos, más que a las necesarias oportunidades de educación, empleo, cultura, justicia, civilidad, a los riesgos de la violencia, el crimen, la toxicomanía, la economía informal, el pandillerismo, las armas, la explotación laboral o la de tipo sexual.

También están sujetos a la posibilidad de autodestrucción. Los jóvenes enfrentan la disyuntiva de la legalidad o la ilegalidad, ya que la opción del voto como instrumento de participación o cambio se muestra precaria bajo la sombra del nuevo autoritarismo encubierto con tres pilares: una democracia formalista y ciega ante lo sustancial, que protege reformas ajenas a una deliberación cabal y apoya francas contrarreformas; la tendencia habitual a sostener «estados de excepción» como recurso de gobernabilidad, y legitimación mediática a través de poderes monopolísticos de los negocios de la comunicación masiva, que dominan la práctica y el discurso políticos, y lo hacen a partir de la uniformidad de la versión oficial y la propaganda basada en «percepciones positivas», mientras las redes sociales se conforman con ser una válvula de escape a la usanza de una olocracia, un gobierno de la muchedumbre o de la plebe, según el diccionario, reducida a un número de caracteres en una pantalla interconectada con el mundo virtual.

Lo que está en cuestión rebasa el ámbito ideológico-partidario: es un llamado a la ética y la responsabilidad de quienes debieran ejercerlas. En todos los países del mundo, exterminar jóvenes de una u otra manera se ha convertido en una perspectiva que será habitual en el futuro. El *juvenicidio* empieza con el ataque a la universidad o su destrucción. *Universitas*: el campo de las aspiraciones

igualitarias víctima de la barbarie tecnificada. A cambio, los sucedáneos son vicarios: violencia, hedonismo, explotación y consumo obligatorios...

El auge de las revoluciones marxista-leninistas en América Latina a partir del triunfo de la Revolución Cubana en 1959, hizo crecer en México el entusiasmo entre algunos sectores obrero-campesinos, vinculados con el Partido Comunista, por crear un movimiento popular de tendencia revolucionaria para oponerse al autoritarismo presidencial y de partido único del PRI.¹¹

Tal fue el caso de Lucio Cabañas, un profesor egresado de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa y ex miembro de las Juventudes del Partido Comunista, nieto de un adepto del revolucionario Emiliano Zapata. Alguna vez dirigente estudiantil en la FECSM, emprendió la concientización social entre los comuneros de la zona al convertirse en maestro en Atoyac. Esta tarea le ganó la enemistad del poder local. En 1967, mientras encabezaba una manifestación pacífica que pedía la renuncia de la directiva de la escuela, que, azuzada por caciques, hostigaba a los padres de familia, la policía reprimió con armas de fuego a los manifestantes. La matanza acreció agravios que ya eran ancestrales.

Una docena de asesinados, incluida una mujer embarazada, decidió el destino de Lucio Cabañas: a partir de entonces, se declaró militante clandestino y se refugió en la sierra de Guerrero, donde realizó el adoctrinamiento popular en distintos pueblos y rancherías (mediante su Partido de los Pobres) y una operación de castigo a caciques y gente de dinero (su Brigada de Ajusticiamiento). El desdén gubernamental terminó por agravar la situación.

En 1974, el guerrillero secuestra a un candidato del PRI a gobernador, quien luego es liberado por la policía y meses después cae muerto en un enfrentamiento con el ejército mexicano. Así, Lucio Cabañas se erigió en símbolo revolucionario en Guerrero: lo más que podía perder era la vida en nombre de sus ideales.

Genaro Vázquez, otro egresado de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, militante social y fundador de la Central Campesina Independiente (CCI), opositor del régimen desde finales de los años cincuenta, tuvo un destino semejante: su lucha política se radicalizó por la intolerancia oficial. Fue preso por el gobierno y liberado a la fuerza por sus compañeros de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR).

Una vez libre, lideró una guerrilla en la sierra de Guerrero, que fue